

GILLES Deleuze y Félix Guattari oponen en su libro (1) los campos, los talleres, las fábricas, las máquinas, las unidades de producción, al sueño y el fantasma, a la representación mítica y trágica, al teatro edípico del psicoanálisis. El psicoanálisis edípico al hombre y le encierra, como alienado mental de nuevo tratamiento, en la nueva prisión de la situación pseudoterapéutica, con el médico en el papel de figura alienante. El psicoanálisis se propone la readaptación social. Wilhelm Reich afirmó ya que, en realidad, está puesto al servicio de la represión social. Según nuestros autores, el vínculo de psicoanálisis y sistema capitalista es íntimo, ya que los flujos del deseo, por aquél represados, se vuelcan en Edipo como última palabra del consumo (consumo de papá y mamá), cifra y compendio de todos los demás. "El descubrimiento de una actividad de producción en general y sin distinción, tal como aparece en el capitalismo, es inseparablemente la del descubrimiento de la economía política y del psicoanálisis". Trabajo abstracto (según fue concebido por David Ricardo) y libido abstracta (según la concepción psicoanalítica) se corresponden. Así se explicaría lo que todos percibimos, es decir, el "estilo burgués" de pacientes y agentes psicoanalíticos, el individualismo de los "complejos", la obsesión de ocuparse y preocuparse de sí mismo, el juego de las transferencias, el montaje de la industria del psicoanálisis y la atmósfera enranciada, pequeño-burguesa, que en sus gabinetes-oficinas se respira.

Psicoanálisis, capitalismo, individualismo, despolitización, vida privada, familia como microcosmos han de situarse, según Deleuze y Guattari, en la misma línea. La familia no es un microcosmos, la familia no es, como decían los conservadores del siglo pasado, la "célula social". (En efecto, la familia que conocemos, la familia nuclear, es una creación cultural, que surgió no hace mucho, y que tal vez esté destinada a extinguirse.) La familia está siempre atravesada y cortada por acontecimientos que la trascienden, acontecimientos políticos, tales como la revolución rusa y la toma del poder por el fascismo, la guerra de España y la guerra del Vietnam. La tragedia griega de Edipo no fue una simple cuestión de familia, fue ya política, como los helenistas han subrayado. El Jefe antecede al Padre.

Deleuze y Guattari examinan los antecedentes de su concepción esquizoanalítica. Lacan —mucho más que su escuela, en la que se ha producido una involución— mostró el reverso de la estructura edípica, esto es, la inorganización de los elementos mo-

leculares, dispersos, que pueden componer ciertamente una cadena significativa, pero que ellos mismos no son significantes, sino flujos, "nudos". También la anti-psiquiatría —Laing mucho más que Cooper— ha dado un gran paso adelante, pero su tesis central, la de la identidad en el límite, entre la alienación social y la alienación mental, sigue formulándose a partir de la familia como microcosmos. Y según los autores, sólo una efectiva politización de la anti-psiquiatría podría hacerla completamente fecunda.

El esquizoanálisis es, más que una teoría, una terapéutica, una praxis que cura. Las familias salvajes no necesitaban curación porque eran, ante todo, una política, una estrategia de alianzas, parentescos —Lévi-Strauss, Leach—, filiaciones. El esquizoanálisis, en contraste con el psicoanálisis, no consiste en interpretación, porque no hay nada

La diferencia fundamental del esquizoanálisis con respecto al psicoanálisis consiste en que el inconsciente del primero es no-figurativo y no-simbólico, es material (materialismo) y no ideológico, es deseo puro, carente de toda "identidad" y de toda relación con algo que le sería "exterior", pues todo es, en realidad, exterior, no hay "intimidad". El esquizoanálisis desencadena el proceso, pero no sólo rompe los diques, sino que evita hacerlo girar en el vacío, darle una finalidad. Lo mantiene abierto, liberado, productor.

Veamos el otro día que esta metafísica se inscribe en la de la "muerte del hombre". Si, pero también, lo vemos ahora, se trata de lo contrario: de la esquizofrenización de la muerte, de su conversión en "lo que no cesa y no acaba de llegar", de la disolución de la muerte, junto con la disolución del yo. El "partir", el "via-

como vimos el día anterior, disuelve su identidad en la de Luis XVII, en la de Napoleón (y viceversa también, claro está). La esquizofrenia es, en suma, una transformación metafísica de la realidad.

Estamos ya, al fin, empezando a hablar por cuenta nuestra. ¿Qué quiere decir "metafísica"? Otras veces lo he dicho: en tanto que sobria, un sistema de preguntas, para las que no poseemos respuestas seguras. En tanto que ebria, las respuestas, todas las respuestas, delante de las preguntas, la desvelación del misterio, el saber inspirado y absoluto. Es decir, algo muy cercano a la literatura, a la poesía. Los grandes inspiradores de Deleuze y Guattari son D. H. Lawrence, Henry Miller, Artaud. Junto a ellos, los investigadores, por mucho que se hayan dejado llevar del flujo vital de la inspiración y, sin duda, Wilhelm Reich y R. D. Laing han sido, para emplear nuestra expresión del siglo XVI, auténticos "dejados", no han llegado más que a tantear el enigma último de la realidad, a rondar en torno a él.

Metafísica con alientos de poesía, una poesía que muchos considerarán, sin la menor duda, radicalmente antipoesía, porque viene a destruir todas las "convenciones" de nuestra poesía usual, la de tú y yo, y el amor, y la muerte, y Dios. Metafísica y, como ya vimos al hablar del estructuralismo, marxismo o, si se prefiere, para no molestar a los marxistas ortodoxos, neomarxismo, un neomarxismo, como el de los viejos futuristas rusos, subversivo, esquizofrénico, injerto en lo, a juicio de los autores, todavía válido de Freud. El mundo del Antiedipo carece de rostro humano, es antihumanista o, ni siquiera, a-humanista: materia, producción, máquinas accionadas por el deseo, la naturaleza como una gran fábrica inmensa, pero también la fábrica, todas las fábricas, las humanas incluidas, por supuesto, como la naturaleza misma en su flujo incesantemente productor. Materialismo, sí, pero poético, más parecido al antiguo que al del siglo XIX. Y —influencia de la antropología estructural— cansado de la alienante civilización occidental. ■

JOSE LUIS L. ARANGUREN

ESQUIZOANÁLISIS FRENTE A PSICOANÁLISIS

que interpretar: "El inconsciente no dice nada, máquina". La tesis del esquizoanálisis es muy sencilla. El deseo es máquina (y, a su vez, la máquina, deseo), síntesis de máquinas y, como tal, pertenece al orden de la producción, no, como el psicoanálisis, al de la representación. (El inconsciente no "cree" nada, es el psicoanálisis quien hace creer.)

La tarea del esquizoanálisis es, pues, ante todo, negativa. Tiene que llevar a cabo una limpieza, un "raspado" del inconsciente que, destruyendo la ilusión del ego y del fantoche del superego, lo deje mondo y lirondo de "complejos". Esta tarea no es separable de las positivas; la primera de las cuales consiste en descubrir, por debajo de las superestructuras, la naturaleza, el flujo, la producción, las máquinas deseantes. "El esquizoanalista es un mecánico, y el esquizoanálisis es tan sólo funcional". No hay una estructura, no hay un falo —culto fálico— que estructure el conjunto. Todo es, si se quiere, sexo (= deseo), pero sexo no humano, "screwing" —como se dice en inglés ordinario—, del zapato con el pie, de la pipa con la boca, de la mano en el bolsillo y también, claro, "atornillamientos" genitales, orales, anales.

je", el delirio esquizofrénico son ya muerte pero, por lo mismo, suprimen el dramatismo de toda muerte escatológica ulterior —el ¡que me arrebatan mi yo!—, reducida a simple acabamiento de lo que siempre venía ya ocurriendo.

El esquizoanálisis no es, pues, en definitiva una teoría. Es una tarea y, mejor, una aventura, una gran aventura. Pero, cuidado: hay quienes, embarcados en ella, retroceden en seguida y se gregarizan, se hacen fascistas, es decir, engranados a la máquina social en cuanto máquina de sometimiento. Son los paranoicos, hermanos enemigos de los esquizofrénicos.

A Freud, dicen Deleuze y Guattari, no le gustaban los esquizofrénicos. No le gustaba su resistencia a la edipización y tendía a tratarlos como tontos que toman las palabras por cosas, como "autistas" (justamente, lo que de ninguna manera son), que están separados de lo real y se parecen a filósofos ("indeseable semejanza"). Lejos de haber perdido no se sabe qué contacto con la vida, el esquizofrénico es, dice Reich, el que posee la experiencia del elemento vital, el "gran aventurero". No es que se crea Luis XVII o Napoleón; es que,